

Por leer en cuarentena... ¡Me quede cíclope!

Hoy 24 de marzo de 2020 fui a ver al doctor por una leve infección en el ojo que venía sintiendo desde hace apenas unos días. Al pagar la consulta y entrar en este lugar a donde mucha gente acude en busca de alivio, al no tener seguridad social de ningún tipo y lo he comprobado, al ver “montones” de gente formados a la espera alivio. Así la mayoría de la población va ahí, en vista de la precaria situación laboral que enfrentan “revictimizados” (sí se me permite el término) por el llamado neoliberalismo feroz de los últimos años. Ahí es precisamente donde acuden las personas (la masa social) que no cuenta con los medios suficientes para pagar un servicio de salud y precisamente en esa gran mole es de donde yo me encuentro.

El consultorio es un lugar situado en un barrio típico de la Ciudad de México en la Alcaldía Álvaro Obregón. Así se me hizo fácil entrar a ese “consultorio” por no encontrar filas ni gente esperando (en los últimos días, el lugar se ha visto vacío a saber si lo que prolifera es el miedo, como después pude comprobar).

Y entonces me decidí a comunicar al médico ocupante “mis dolencias y mis quejas” como dice mi mamá. Sin embargo, al estar ahí en ese pequeño espacio, como lo son estos consultorios “rápidos” me sentí de lo peor, pues la médica que me atendió me discriminó de una manera muy grosera, tratándome casi casi como si tuviera lepra y es que el “horno no esta para bollos” se me ocurrió. Ella por su parte me recriminó: ¿Y que hace aquí? ¡Debería ir a urgencias! Pero de inmediato pensé: ¿Cómo voy a ir a urgencias?... Se supone que de lo que se trata es no saturar el servicio médico, al ocurrir esta pandemia- me conteste para

mí... Así, sin más, evitó tomarme la temperatura guardándose el termómetro y escondiéndolo a mi vista, se arrellano en su silla y jaló su escritorio de forma muy despectiva, para que no lo tocara. Entonces salí prácticamente con “la cola entre las patas” “jurando y perjurando” que nunca volvería a ir.

En medio de esta epidemia lo que me hace pensar, ya no desde el lugar del profesionalista, sino adaptándome a las circunstancias que estamos padeciendo “todas y todos” como bien reza la frase acuñada durante el foxismo (y que aún pervive) para señalar la pluralidad, es decir como una persona común y corriente. Y entonces me dije para mis adentros: creo que estamos cayendo en una especie de *paranoia colectiva* y ¿Por qué me atrevo a mencionar esto? Sin duda los últimos días hemos sido testigos del desabasto de cubrebocas y gel antibacterial.

Y sí, hay una “mediatización” de este fenómeno, que sin duda se ha acrecentado de forma exponencial por la proliferación de noticias amarillistas como voces multiplicadas en medio del descontento social. En la T.V. abierta no se puede más que mirar montón de noticias aterradoras, camiones atáúd con cientos de muertos (sí se exageran las cifras no esta de más con tal de construir un discurso del miedo, el miedo a la muerte) e incluso hay imágenes de médicos chinos que en vísperas de la curación de su pueblo quedan petrificados, ya moribundos, similar a cuando medusa veía a los hombres y los convertía en piedra, según la mitología griega.

Precisamente en este contexto, conforme a lo antes narrado y también porque yo misma fui víctima de mis propios miedos, como consta en las siguientes líneas: Al decretarse, antes, la ya conocida “cuarentena” por el COVID-19 me dispuse a trabajar desde casa, un poco sí,

romantizando la estadía en casa, otro poco viendo noticias tóxicas que mencionan los miles de muertos en Italia y también contrastando estas “verdades” con las otras, con las de la gente de a pie, como mi tío que es taxista y ha visto reducida su ganancia hasta un 30% según sus cálculos.

Para no hacer el cuento más largo...En vista de que iba a estar en mi casa por lo menos un mes, platiqué con mi profesor sobre el asunto, y a decir verdad la pregunta fue más bien inocente (no iba a contar con que mi solicitud se iba a convertir en una hipocondría declarada que iba ser alimentada desmedidamente por los medios masivos y digitales, por decir lo menos, y sería socavada por mi propia enfermedad) esa pregunta fue: ¿Y que me recomienda para leer, Maestro? Pues *La Peste* de Albert Camus y *Ensayo para la Ceguera* de José Saramago, entonces, sin más ni más, me dispuse a buscar dentro de mi librero digital y al darme cuenta qué los tenía allí, para mi misma, para leer sin ningún remordimiento, empecé entonces la travesía.

Abreviando un poco más esta narración salpicada de humores y pareceres he de decir que a mitad de *La Peste* ya me encontraba acorralada entre el miedo y una molestia en el ojo derecho causada por leer de forma digital, sin embargo, no me acobarde ante tal hecho, y seguí leyendo, en una especie de juego obsesivo cuya meta era devorar todo escrito que tratara sobre epidemias y es que éste ha sido un fenómeno presente a lo largo de toda la historia humana, pensé y me dije a mí misma... y sí así era, ni más ni menos.

Como sigue en toda historia de ese talante, el final de dicha novela me hizo sentirme un poco triste y desconsolada, ¿De que había válido tantas muertes? ¿Cómo es que el médico no pudo recuperar su antigua felicidad? ¿Cómo se puede vivir en medio de un fenómeno

cómo el que ahora pasamos? A cada letra y cada página iba enunciado ¿Cuándo terminará?... Si es que hay final después de tanto sufrimiento.

Paradójicamente estos razonamientos se iban acompasando con mis propias molestias al leer tan de prisa, y me preguntaba... ¿Por qué el protagonista es un médico? ¿Tendrá que ver con la realidad? ¿Con nuestra realidad? Inquirí. Siguiendo las pulsaciones de mi vocación lectora me dispuse a leer *Ensayo para la Ceguera* de José Saramago y me pasó lo mismo, no es cierto, un poco más acentuado... Sentí como el miedo se iba apropiando de mí en una especie de torbellino paranoico, PDF-T.V.-PDF y cómo me iba poniendo mal del ojo, decidí hacer una breve pausa y preguntándome ¿Por qué precisamente dos médicos en estas novelas son los protagonistas? Decidí cancelar a último minuto la lectura, aunque me ganó la avidez con la que quería devorar el libro.

Termine *La Peste*, es cierto...Saldo negativo: infección en las vías aéreas, como me dijo la doctora en cuestión, Saldo positivo: Dos libros de 300 páginas cada uno, leídos en cuatro días y como conclusión rescato que el miedo colectivo es el arma más destructiva en que podamos caer, incluso nos hace descender a niveles insospechados o animalescos, por decirlo en una forma un tanto sutil. Sin embargo, del *Ensayo sobre la Ceguera* puedo extraer algo positivo, “la claridad del día, las nubes, el barullo de la gente... y sin embargo ella veía”.

Cuando terminará todo esto no lo sé, lo que sé es que no podemos enfrascarnos en toda esa “basura propagandística” de las *fakenews* ni por el amarillismo que es alarmista ni por el relativismo tranquilizador...Yo solo sé que tiene que haber un punto medio...Un punto que nos permita vivir un poco más y no caer en la desesperación ni en el conformismo de

cuarta. Puntos de vista los hay y de sobra, información veraz “la hay que la hay” como dice una película ranchera. Pero toda nuestra atención y de la mayoría se concentra en unos cuantos titulares.... ¿Qué pasa entonces con la información oficial? Porque se desvían los buscadores a páginas de rumores cuando *googleamos* COVID-19 en vez de redirigirnos a instancias oficiales, cuestión de algoritmos o no, según algunos expertos o sea cuestión de la malévola “mano negra” de Soros como cuentan los falsificadores de la historia... Yo sólo se que quiero vivir.

Araceli Jaramillo Covarrubias

Maestra en Historiografía (UAM Azcapotzalco)